

TEMA 3. El debate ético-político en Sócrates y los sofistas

Presentación

¿Cuáles eran los principales intereses de la filosofía en el siglo V a.C.? ¿Quiénes eran los sofistas? ¿En qué consistió la originalidad específica de Sócrates como filósofo? El tema que aquí se presenta trata de responder a tales cuestiones. Para ello, el marco de trabajo se va a centrar en el intenso debate ético-político que tuvo lugar en Grecia, concretamente en Atenas, en el siglo V a.C.

En primer lugar, se va a ofrecer una breve introducción al contexto histórico y filosófico. En segundo lugar, se va a presentar una panorámica general de las principales doctrinas defendidas por los sofistas y sus autores más representativos. En tercer lugar, se expondrá el pensamiento de Sócrates. Finalmente, se compartirán algunas consideraciones finales acerca de las diferencias y semejanzas entre los autores y la importancia decisiva de Sócrates en la filosofía.

1.- Introducción

2.- Los sofistas: principales doctrinas y autores representativos

3.- Sócrates

4.- Algunas consideraciones finales

1.- Introducción

En sus orígenes, la reflexión filosófica fue una reflexión sobre la naturaleza o *phýsis*, entendiendo por *phýsis* una totalidad ordenada que responde a leyes fijas e inmutables. Para los presocráticos, estas leyes son invariables, por lo que el ser humano puede llegar a conocerlas analizando la realidad mediante la razón.

En la segunda mitad del siglo V a.C., el centro de la especulación filosófica se traslada a la Atenas de Pericles, un régimen democrático que favorece unas condiciones de libertad e igualdad muy diferentes a las de las colonias. En este ambiente, los asuntos públicos se vuelven centrales, para lo cual resulta crucial el dominio de la oratoria y el lenguaje, principalmente la retórica, y así asegurar el éxito en un litigio judicial o en una discusión política en el *ágora*. De ahí que se produzca un cambio en el objeto de la investigación filosófica hacia temas relacionados con la política, la ética y el lenguaje. Y de ahí que se hable de un “giro antropológico” en la filosofía griega. A partir de entonces, los filósofos estarán más preocupados por los problemas del comportamiento humano, la convivencia en sociedad y las normas elaboradas para regular dicha convivencia. Uno de los ejes de la discusión filosófica girará en torno a la génesis o fundamentación de dichas normas, morales o legales, y dará lugar a la famosa oposición entre *phýsis* y *nómos*, entendiendo por *nómos* todas aquellas convenciones que dependen de la voluntad de los hombres y del acuerdo entre los mismos. Es decir, la discusión girará en torno a la cuestión de qué aspectos de la vida política y moral son por naturaleza (*phýsei*) y cuales por convención (*nomos*).

Los sofistas serán los primeros en tomar una posición definida en el debate y lo harán a favor del relativismo. Es decir, sostienen que las instituciones, normas, leyes y costumbres de una sociedad no derivan de una supuesta ley de la naturaleza, ni del poder de los dioses, sino que son elaboradas por los hombres en un determinado momento y lugar. Por tanto, a diferencia de lo que sucede con la *phýsis*, el *nómos* no es absoluto, sino relativo, cambiante y temporal. De ahí que Antifonte afirme que mientras las leyes de la *phýsis* no pueden ser transgredidas, las leyes humanas sí. Las costumbres que están prohibidas en una ciudad pueden ser legales en otra.

A este relativismo se opondrá radicalmente el universalismo de Sócrates y Platón, según el cual los valores morales son objetivos y universales, iguales para todas las personas. Así, desde su inicio, el debate ético-político acerca de la génesis o fundamentación de las normas, morales o legales, encontró dos modos de responder a la cuestión: o bien apelando a un fundamento social, que hallará en el acuerdo o convención entre los hombres la causa de su obediencia; o bien apelando a un fundamento natural, que hallará en la naturaleza humana la causa de la conducta moral.

2.- Los sofistas: principales doctrinas y autores representativos

Hoy, el término sofista tiene un sentido peyorativo. Llamamos sofista a quien, sirviéndose de razonamientos falaces (sofismas) o de cualquier otra habilidad retórica, es capaz de engañarnos o persuadirnos. Sin embargo, a principios del siglo V a. C, el término sofista hacía referencia al sabio, o *sophistés*. Especialmente en temas de humanidades, como la lógica, la retórica, la dialéctica, la poética o la política. Este sentido positivo cambiará a partir de las críticas de Aristófanes y sobre todo de Platón y Aristóteles. No hay un movimiento sofístico unitario, se habla de dos generaciones, pero todos los sofistas participan de un mismo aire renovador, crítico, pedagógico y democrático.

En primer lugar, se presentan a sí mismos como maestros de la *areté* o virtud política, capaces de formar a los individuos interesados en desenvolverse bien en el ámbito público, tan útil e importante en una democracia como la ateniense. Es decir, frente a la ideología aristocrática de los tiempos homéricos, que consideraba que no es posible enseñar la virtud ya que es propia y exclusiva del noble (*agathós*), los sofistas defienden que la virtud política, necesaria para obtener éxito en la vida, no es un don natural exclusivo de algunos privilegiados, sino una habilidad que se puede adquirir mediante el ejercicio y el aprendizaje. Cualquiera puede desarrollar dicha virtud, independientemente de su origen, ya sea noble o humilde.

En segundo lugar, dado que eran maestros itinerantes pronto se dieron cuenta de la diversidad de opiniones y creencias, concluyendo que no existen verdades absolutas. Esta tesis relativista proyecta inmediatamente su sombra sobre la ética y la política, ya que admitir la diversidad de opiniones y formas de vida es incompatible con la existencia de un fundamento moral universal. Eso posibilitó una crítica mordaz a la moral tradicional.

Las instituciones, normas, leyes y valores de una sociedad, en tanto que relativas a cada tiempo y lugar, no pueden derivar de una supuesta ley de la naturaleza ni de la voluntad de los dioses, sino que son fruto de una convención humana. Ahora bien, no todos entienden esa convención del mismo modo. Trasímaco considera que las leyes están dispuestas en interés del más fuerte, mientras que Cacicles matiza que son los más débiles los que han conseguido imponer sus leyes dado que son más numerosos. Para algunos sofistas, como Hippias, el nomos tiraniza al hombre porque le obliga a actuar contra su propia naturaleza, mientras que otros, como Critias, sustentan una idea de progreso basada en la necesidad de las leyes para sacar a la humanidad primitiva de la barbarie y convertirla en civilizada.

Lo veremos de manera detallada a continuación, comenzando por una de las figuras más paradigmáticas del movimiento sofista: Protágoras.

Toda la filosofía de Protágoras está basada en una concepción heraclíteica de la realidad. Es decir, en oposición a Parménides, sostendrá la pluralidad y movilidad del ser. La realidad está en constante cambio, y al estar nosotros comprendidos dentro de esa realidad, también el conocimiento está sometido a constante cambio. Es decir, la sensación, única forma de conocimiento que admite, cambia constantemente en función de las disposiciones del sujeto sentiente. Dicho de otra manera, la realidad es percibida por los sujetos cognoscentes según sus diferentes individualidades. Así pues, si el conocimiento es la conjunción del sujeto con el objeto, y tanto el primero como el segundo son cambiantes, su producto también lo habrá de ser. En conclusión, el conocimiento no puede ser universal, necesario e inmutable.

Cada hombre, individualmente considerado, será el determinante existencial de lo real. Este es el sentido de la célebre frase de Protágoras: “el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto son, y de las que no son en cuanto no son”. Y dado que todos somos hombres (en el sentido de ser humano), ninguna representación es más verdadera que otra, sino que todas lo son igualmente. A lo sumo, unas se considerarán más convenientes que otras, y esa conveniencia viene determinada por el Estado. En última instancia, la medida de lo justo, lo bueno, lo bello y, en general, de todos los valores, es el Estado, la sociedad, la polis.

Para Protágoras los valores son multiformes, con tantas formas como sociedades. Así, el predicado “bueno” respecto de un sujeto podrá ser afirmado y negado con validez simultáneamente, pero en relación a distintas realidades sociales. Se trata de otra de las tesis de Protágoras, según la cual “sobre cualquier tema se pueden mantener con igual valor dos tesis contrarias entre sí”. Según Platón, esta afirmación implicaría una violación del principio de no contradicción, pero Protágoras se va a centrar en una posición relativista, en relación a algo. Es decir, un juicio que afirme un predicado de un sujeto será válido bajo una determinada relación, y su negación será válida bajo otra determinada relación. Y esta relación no será individual sino social.

Pues bien, en conexión con la tesis del “homo mensura” y la tesis de los juicios contrarios entre sí, está la posibilidad de transformar el peor argumento en el mejor, ya que un argumento malo lo será bajo una determinada relación, bajo cierto aspecto, y la habilidad del sofista consistirá en cambiar ese cierto aspecto, buscando otro más favorable desde el cual la tesis o argumento sea mejor y más fuerte.

Finalmente, Protágoras mantiene también el convencionalismo propio de los sofistas en relación con el origen de la sociedad y parece inclinarse por la doctrina del pacto social: solo en la unión y en la constitución de la sociedad, basada en el respeto mutuo y en la práctica de la justicia, pudieron los hombres hallar los medios para su supervivencia.

En relación con ese respeto mutuo y práctica de la justicia, Protágoras estudia el problema de la virtud, y se plantea dos cuestiones: la posibilidad de aprender la virtud, y su función en el conjunto de la sociedad. Al respecto, Protágoras concluye no solo que la virtud puede ser aprendida, sino que debe ser enseñada, ya que la sociedad solo es posible mediante la práctica de la virtud. De ahí que toda la tarea educativa deba estar orientada a la enseñanza de la virtud. En Protágoras, la educación es un proceso de socialización mediante el cual el hombre individual se transforma en hombre social. Y aporta un argumento fundamental: el castigo del culpable. Al culpable se le castiga para que ni él ni los que tengan conocimiento del delito puedan sentir en el futuro inclinación a infringir la ley.

Junto con Protágoras, Gorgias forma parte de la primera generación de sofistas. Y junto con Protágoras, Gorgias defendió el relativismo y el escepticismo. Heredero también de

la filosofía eleática, su pensamiento se puede resumir en tres célebres tesis: Nada existe. Si algo existiera, no podría ser conocido por el hombre. Si algo existente pudiese ser conocido, sería imposible expresarlo con el lenguaje a otro hombre.

Dentro de la corriente humanitaria de la sofística destacan: Hippias, Antifonte, Licofrón y Alcídama.

La contraposición entre *physis* y *nomos* aparece muy netamente en Hippias, ya que no solo considera que la ley es fruto de un consenso humano, sino que es contraria a la naturaleza, por lo que reclama la autarquía del individuo y la rebelión contra las leyes, que siempre oprimen a los más débiles. De este modo, Hippias se opone a Protágoras, para quien la ley es una consecuencia de la naturaleza. De hecho, Hippias distingue entre la ley natural y la ley positiva promulgada por los hombres, y rechaza las discriminaciones de las leyes positivas que dividen a los ciudadanos en el seno de una misma ciudad.

Antifonte radicaliza la oposición entre *physis* y *nomos* al sostener que la ley natural es la verdad y la ley positiva es la opinión. Por tanto, las leyes naturales son inevitables mientras que las leyes humanas se pueden transgredir. Además, radicaliza las consecuencias igualitarias y cosmopolitas de Hippias al afirmar que todos los hombres son iguales por naturaleza. Las distinciones basadas en la raza, el origen noble, el estatus social o la riqueza se deben al *nomos*.

Por su parte, Licofrón y Alcídama defendieron el derecho natural del débil, declararon la igualdad natural de todos los hombres y rechazaron la aristocracia de nacimiento como algo injustificable. En palabras de Alcídama: “la naturaleza no ha hecho a nadie esclavo”.

Finalmente, Trasímaco, Calicles y Critias son considerados los sofistas políticos.

Trasímaco afirma que “la justicia no es sino el interés del más fuerte”. Es decir, tanto en una monarquía como en una aristocracia o democracia, los que ejercen el poder dictan las leyes en su propio beneficio, de modo que lo justo es lo beneficioso para ellos mismos como gobernantes. Y como los que ostentan el poder son los más fuertes, en todas partes ocurre que la justicia es lo que beneficia al más fuerte. Ahora bien, según Guthrie, el

propósito de Trasímaco no es hacer una apología de tal situación, sino desenmascarar su hipocresía y poner de relieve cómo estaba siendo desvirtuado el significado de justicia. La ley del más fuerte es la que desgraciada e inevitablemente regula la vida social. Una sociedad regida por la justicia es lo más noble y valioso, pero inasequible.

Por su parte, Calicles defiende el derecho natural del más fuerte. Según él, la ley ha sido dada por los más débiles, pero esto es totalmente antinatural. Lo propio de la naturaleza humana, tanto para los Estados como para los individuos, es comportarse egoísta y tiránicamente. Esto no solo es inevitable, sino justo y apropiado. Por tanto, lo justo es que los más fuertes dominen sobre los más débiles. El hombre justo es el tirano implacable.

Finalmente, quien llevará a la práctica la doctrina del más fuerte será Critias, discípulo de Sócrates y pariente de Platón, tirano nato y enemigo acérrimo de la democracia. Para Critias, la invención de la ley es un importante paso en el camino hacia la civilización. De hecho, creía que los dioses habían sido inventados por un astuto legislador para impedir que los hombres quebrantaran la ley cuando nadie les veía o vigilaba.

3.- Sócrates

Mientras que los sofistas eran extranjeros, Sócrates era ateniense. Perteneía a una familia modesta (su padre era escultor y su madre comadrona) y nunca quiso dedicarse a la política ni ambicionó salir de su pobreza.

El principal problema a la hora de abordar el pensamiento de Sócrates es el hecho de que nunca escribió nada, y los testimonios que nos han llegado sobre él son contradictorios. Por un lado, Aristófanes lo considera un sofista más y lo ridiculiza, al igual que Jenofonte. Por otro lado, su discípulo Platón lo presenta como una especie de santo que renuncia a la oratoria, no cobra a sus discípulos, no presume de sabiduría y se guía únicamente por la búsqueda de la verdad.

“Solo sé que no sé nada”, es su frase más célebre. Pero, ¿qué significa realmente? En la *Apología* se cuenta que en cierta ocasión su amigo Querofonte se dirigió al Oráculo para preguntar si existía algún hombre más sabio que Sócrates, a lo que el Oráculo contestó negativamente. En un principio Sócrates trató de refutar al Oráculo y se dedicó a examinar

a las personas con reputación de ser sabias. Sócrates comprueba la ignorancia de todos ellos en cuanto a las cosas que verdaderamente merecen saberse, concluyendo que lo que le diferencia de todos ellos es que ellos no solamente son ignorantes sino que además ignoran su propia ignorancia, mientras que Sócrates reconoce su propia ignorancia. Por eso el Oráculo lo ha elegido, porque es sabio aquél que como Sócrates reconoce la insignificancia de su saber. De acuerdo con esta interpretación, Sócrates concibe su filosofar como un servicio al dios Apolo en beneficio de los atenienses.

De hecho, todo el pensamiento de Sócrates debe ser interpretado como un compromiso personal con la justicia y con la polis. Un compromiso que mantendrá hasta sus últimas consecuencias, tal y como se narra en el *Critón*, a la espera de que se cumpla su sentencia de muerte. Para Sócrates, el ciudadano se debe a la polis, con la cual ha establecido un pacto inviolable.

Su discípulo más famoso, Platón, comparte el mismo compromiso personal con la polis. Toda su obra debe ser entendida como el esfuerzo por armonizar de nuevo aquella feliz conjunción entre polis e individuo y que tanto admiró después Hegel. Recuerda Hegel que en aquella época el ciudadano (polités) estaba tan integrado en el Estado que ser expulsado (ostracismo) era una condena peor que la muerte. Nunca como entonces se ajustaron e identificaron tan bien la voluntad individual con la voluntad política.

De hecho, lo poco que sabemos de Sócrates lo conocemos a través de los diálogos que escribió Platón, lo que añade el problema de saber exactamente cuáles de las doctrinas que expone Platón son socráticas y cuáles son platónicas. En cualquier caso, ambos comparten el mismo compromiso personal con la polis, así como el rechazo al relativismo de los sofistas.

A continuación, se exponen las principales doctrinas atribuidas a Sócrates a través de las obras de Platón: el universalismo moral, el intelectualismo moral y la mayéutica.

Consciente de que el relativismo y el individualismo exacerbado propiciado por los sofistas conduciría a la descomposición total de la comunidad política, Sócrates se opondrá radicalmente a las enseñanzas de los sofistas, tanto en lo referente al contenido como al método. Por un lado, frente al relativismo sofista, Sócrates defiende la existencia

de valores objetivos y universales que todos llevamos dentro y cuyo conocimiento podemos alcanzar. Por otro lado, su método de enseñanza es radicalmente opuesto al de los sofistas. Frente a la erística de los sofistas, que utilizaban preguntas cerradas para llevar al interlocutor a una contradicción y así convencerle de que incurre en un error, Sócrates propone un auténtico diálogo, una búsqueda en común que lleve a la verdad y no simplemente a la ridiculización del adversario. Ahora bien, antes de abordar el método, es necesario tener en cuenta un aspecto importante del pensamiento socrático.

Sócrates está convencido de que la reforma de la polis es inseparable de la reforma moral del individuo y exhorta a la virtud como el bien supremo. Pero la búsqueda de la virtud no es solo una cuestión teórica, sino que lleva a la acción. La auténtica comprensión del bien lleva a practicarlo. Este posicionamiento teórico es lo que denominamos intelectualismo moral, y se basa en una isomorfía entre el conocer y el hacer. Es decir, Sócrates entiende que el conocimiento actúa de tal manera que es imposible que quien lo posea no se deje conducir por él. O dicho de otra forma, para Sócrates, la virtud depende esencialmente del conocimiento. Así, por ejemplo, solamente se puede actuar con justicia si se sabe qué es la justicia. Quien obra mal lo hace por ignorancia. De ahí que para Sócrates la ignorancia sea el peor mal que un hombre puede padecer, y por eso es preciso salir de ella una vez que se es consciente de esa situación. Ese es el primer objetivo de su método: poner al interlocutor en el aprieto de tener que reconocer su ignorancia, y así disponerlo a buscar aquello que ignora, pues el hombre es justo y feliz no sólo cuando encuentra la verdad sino cuando inicia su búsqueda.

Pues bien, el método socrático consta de dos fases: una negativa y demoledora (ironía) y otra positiva y constructiva (mayéutica). En la primera fase, Sócrates se presenta a sí mismo como un ignorante que pide ser instruido por sus conciudadanos. Pero Sócrates no es en absoluto ignorante (de ahí la ironía) sino que mediante hábiles preguntas trata de poner en evidencia la inconsistencia de las opiniones particulares de sus interlocutores, pues solo a partir de esta constatación es posible empezar la búsqueda en común. La segunda fase consiste en alumbrar la verdad sobre los temas tratados mediante la aplicación constante del razonamiento inductivo. Es decir, a través del diálogo se avanza desde la opinión particular a una definición general acordada por todos los participantes. De este modo, el acuerdo al que se llega como consecuencia del diálogo adquiere valor universal frente a la opinión y el interés particular. Sócrates está convencido de que la

verdad habita en nuestro interior y solo hay que exteriorizarla. De ahí que utilice el término mayéutica, en referencia al trabajo de su madre, Fenaretos, que era comadrona. Así, del mismo modo que su madre ayudaba a venir al mundo a los niños, Sócrates ayuda a los hombres a dar a luz las ideas.

En el *Gorgias* Sócrates conecta la virtud con la felicidad, afirmando que el hombre justo es feliz y el injusto infeliz.

Al igual que su maestro, Platón se centrará en buscar aquellos principios objetivos y universales, que se descubren a través del ejercicio de la razón, y que exigen ellos mismos su cumplimiento. La diferencia estriba en que Platón otorga autonomía ontológica a lo que Sócrates sitúa en el interior de las personas. Es decir, quien quiera defender unos valores absolutos deberá defender también la existencia de una realidad absoluta, que se encuentra más allá del mundo material y que llama mundo de las ideas. Esta es la base de su dualismo. Si queremos aceptar la existencia de principios objetivos y universales, además del mundo material, imperfecto y cambiante, que descubrimos por los sentidos, es imprescindible aceptar la existencia de un segundo tipo de realidad, inmaterial, perfecta e inmutable, a la que no se accede por los sentidos sino por la razón. En ese mundo de las ideas, sitúa las esencias o definiciones que nos permiten decir qué es cada cosa. Platón basa toda su teoría moral y política en este dualismo. Es decir, sitúa en ese mundo de las Ideas el fundamento de los grandes ideales morales que dan sentido a la vida y orientan nuestra acción. El camino para llegar a tales ideales es muy similar a la mayéutica socrática. La diferencia es que ahora la verdad no depende simplemente del individuo sino que existe en sí misma fuera de nuestro mundo y es necesario un esfuerzo intelectual para poder llegar a ella.

4.- Algunas consideraciones finales

Antes de concluir este tema, se va a dedicar este apartado a señalar algunas semejanzas y diferencias entre Sócrates y los sofistas.

Sin duda, la enseñanza de la virtud es un problema ético central, tratado tanto por los sofistas como por Sócrates. La principal novedad de los sofistas consiste precisamente en defender que la virtud política o areté se puede enseñar. Eso sí, a cambio de un salario. Por su parte, la originalidad de Sócrates consiste en ampliar el significado de areté haciendo hincapié en su cualidad moral como prerequisite para una vida buena más que simplemente como pericia en un arte o ejercicio particular (por ejemplo, para tener éxito en la política).

Es decir, todos ellos pertenecieron al mismo ambiente filosófico y cultural, y compartieron el mismo interés por las cuestiones políticas y morales, pero sus enseñanzas se distinguen fundamentalmente en los siguientes aspectos:

- 1.- Sócrates no cobra por sus enseñanzas, como los sofistas, y desprecia a quienes venden su conocimiento.
- 2.- Los sofistas se presentan como sabios que ofrecen su saber. Sócrates se presenta como un ignorante que busca el saber.
- 3.- Para los sofistas, no existen verdades absolutas, ya que tanto el objeto de conocimiento como el sujeto que conoce están sometidos a constante cambio. Para Sócrates, la verdad habita en nuestro interior y solo hay que exteriorizarla mediante el diálogo y la búsqueda en común.
- 4.- En relación al debate ético-político, los sofistas adoptan posturas relativistas, que niegan la existencia de un fundamento moral universal, mientras que Sócrates defiende la existencia de valores objetivos y universales, iguales para todos.
- 5.- Los sofistas pronuncian largos discursos y comentan textos antiguos. Sócrates rechaza ambos métodos: los largos discursos impiden discutir paso a paso las afirmaciones del orador, y los textos antiguos no permiten preguntar a sus autores aclaraciones sobre lo que escribieron. Su método es el diálogo.

6.- Los sofistas emplean la erística, cuya finalidad es la derrota del oponente. Sócrates emplea el diálogo, cuya finalidad es encontrar respuestas firmes y absolutas a las cuestiones morales.

7.- Los sofistas son maestros itinerantes, desarraigados y carentes de patria. Conciben al hombre como una abstracción, un ser independiente, que puede ser trasplantado a cualquier lugar. Sócrates es un ateniense arraigado a su ciudad y concibe al hombre como un ciudadano ligado a la polis, vinculado a una historia, una tradición y una religión.

8.- Para los sofistas, la finalidad de la educación es el éxito en la vida política. Para Sócrates, la finalidad de la educación es la vida virtuosa y feliz. La educación es, ante todo, educación moral del ciudadano.

En definitiva, Sócrates destaca entre los sofistas como el verdadero filósofo entre los mercaderes del saber. Sócrates no sólo recondujo la filosofía hacia el camino de la verdad y del rigor del que ya no habría de apartarse (evitando las trampas de la sofística), sino que mostró con su vida cómo puede unirse coherentemente una posición intelectual radical y una actitud práctica comprometida, es decir, demostró con su vida que el conocimiento hace moralmente buenos a los hombres. Sócrates no establece una doctrina ética definitiva, pero mostró con su vida el ideal del sabio comprometido hasta la muerte con la búsqueda incesante de la verdad y con sus convicciones éticas personales. Su pensamiento político se inspiró en la tradición democrática ateniense, a la que fue fiel. Su meta fue recuperar el sentido moral en la política, justificando el respeto absoluto a las leyes y enseñando que la participación política es un deber moral de los ciudadanos.